

Peter Birle*

Una vecindad difícil: nuevas contribuciones al estudio de las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina

Las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina están pasando por tiempos difíciles. Esto no solamente se relaciona con el hecho que después del 11-S el gobierno del presidente George W. Bush perdió interés en la región y su atención se dedica sólo esporádicamente a los vecinos del sur, sobre todo cuando se trata de temas de seguridad o más bien de la “guerra contra el terrorismo” o la “guerra contra las drogas”. En América Latina, las críticas a las políticas estadounidenses hacia la región aumentaron considerablemente y los adversarios declarados de Washington han ganado mucho terreno en los últimos años. Si bien la mayoría de los trabajos tomados en cuenta en esta reseña no están relacionados directamente con las relaciones actuales entre Estados Unidos y América Latina, pueden ayudar a entender por qué gran parte de la población e incluso de las élites latinoamericanas miran con poco entusiasmo y simpatía a las políticas de su poderoso vecino del norte hacia la región.

¿Qué causas tiene la violencia política estatal que caracterizó la cultura política de muchos países de América Latina durante la segunda mitad del siglo xx? ¿Qué motivó las campañas de terror que hicieron “desaparecer” decenas de miles de personas en la región? Una violencia que llevó al genocidio de comunidades rurales completas en Guatemala y El Salvador y a la represión de campesinos indígenas en México. Éstas son las preguntas centrales tratadas en *When States Kill. Latin America, the U.S., and Technologies of Terror* (2005), libro editado por Cecilia Menjívar y Néstor Rodríguez, sociólogos de la Arizona State University y de la University of Houston, respectivamente. En su introducción, los editores explícitamente rechazan la interpretación de ver la violencia política en América Latina como una parte intrínseca de la cultura o del alma latinoame-

* Peter Birle es politólogo y dirige el departamento de investigaciones del Instituto Ibero-Americano de Berlín; desde noviembre de 2006 es presidente de la Asociación Alemana de Investigaciones sobre América Latina (ADLAF). Sus campos de trabajo son la política comparada (partidos políticos, grupos de interés, Estado y democracia) y las relaciones internacionales (políticas exteriores latinoamericanas, relaciones intra-latinoamericanas, relaciones Alemania/Europa-América Latina, relaciones EE.UU.-América Latina). Sus últimas publicaciones son *Demokratie und Entwicklung in Lateinamerika* (Frankfurt am Main 2006; ed. en colaboración con Detlef Nolte y Hartmut Sangmeister) y *Hemisphärische Konstruktionen der Amerikas* (Frankfurt am Main 2006; ed. en colaboración con Marianne Braig, Ottmar Ette y Dieter Ingenschay).

ricana o como una herencia de la brutal conquista europea de la región. Su hipótesis central se enmarca más bien dentro del enfoque de la “teoría de los sistemas mundiales”, marco de análisis del cual Immanuel Wallerstein es uno de los principales exponentes. Según ellos, la violencia estatal en la América Latina contemporánea tiene un carácter racional, calculado y moderno. Si bien no declaran que solamente los Estados Unidos fueron los responsables de los actos de terror estatal en la región, sí argumentan que el régimen interestatal que operaba entre los EE.UU. y América Latina durante la Guerra Fría jugó un papel clave en la instalación y la operación de las campañas de terror para eliminar la percibida “subversión”. Según ellos, la influencia de los EE.UU. sobre la violencia política conducida por Estados latinoamericanos fue evidente y persistente. Los EE.UU. no implementaron unilateralmente un sistema de terror en la región, ellos lograron hacerlo gracias a la cooperación y la gran coincidencia de intereses y de objetivos con las élites militares, políticas y económicas locales. Según los coordinadores del libro, el objetivo central del terrorismo de Estado fue garantizar el mantenimiento y la reproducción de un particular sistema político y económico en la región.

El libro reúne estudios de caso sobre diez países latinoamericanos (Nicaragua, El Salvador, México, Guatemala, Honduras, Costa Rica, Colombia, Perú, Uruguay y Argentina) y además un trabajo sobre la Operación Cóndor. Entre los autores que colaboraron en la conformación del libro se cuentan latinoamericanistas, historiadores, politólogos y antropólogos. Una de las contribuciones más interesantes es la de J. Patrice McSherry, profesora de ciencias políticas y directora del Latin American & Caribbean Studies Program de la Long Island University. La autora muestra cómo la Operación Cóndor, la red de inteligencia y de terror instalada entre varias dictaduras latinoamericanas a partir de los años setenta, funcionó dentro de o en paralelo a las estructuras del sistema militar interamericano dirigido por los Estados Unidos. Los Estados que participaron en la Operación Cóndor (originalmente Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Brasil, más tarde también Ecuador y Perú), llevaron a cabo operaciones combinadas, ilegales y extraterritoriales de “desaparición”, tortura y ejecución para eliminar enemigos políticos. McSherry califica la Operación Cóndor como un sistema de terror profesional y racionalizado con infraestructura y comunicaciones avanzadas, un sistema burocrático moderno que aplicaba conceptos científicos y tecnología moderna para hacer las operaciones represivas aún más letales y el control social más efectivo. La autora constata que la totalidad de los enlaces entre los EE.UU. y la Operación Cóndor todavía permanece en la oscuridad, pero que sin duda esas relaciones fueron mucho más sustanciales de lo que los gobiernos norteamericanos han admitido públicamente hasta ahora. McSherry muestra, por ejemplo, que las fuerzas militares y de inteligencia de los EE.UU. pusieron su sistema de telecomunicación interamericano a disposición de la Operación Cóndor. Eso significa que las fuerzas norteamericanas tenían un conocimiento completo de todas las operaciones coordinadas a través de su red de comunicación. Al menos una parte de las acciones de la Operación Cóndor fueron coordinadas desde la Escuela de las Américas en Panamá. Los militares de la Operación Cóndor también utilizaron el Inter-American Defense Board como instrumento de coordinación. Según la autora, algunos documentos secretos que fueron desclasificados en los últimos años prueban además que oficiales norteamericanos y hasta el entonces ministro de Relaciones Exteriores Henry Kissinger tenían amplias informaciones sobre las actividades extralegales en el marco de la Operación Cóndor. McSherry concluye: “The inter-American system, already geared toward

the anticommunist crusade, essentially harbored a transnational state terror apparatus” (p. 42).

Otro estudio interesante que se encuentra en el libro es el del politólogo Ariel C. Armony, del Colby College, sobre la Argentina. Armony desarrolla un modelo analítico para explicar las causas del terrorismo de Estado, refiriéndose a las interacciones entre distintos factores: las fuerzas sociales domésticas, la cultura institucional, los recursos organizativos, la construcción de realidad externa y las influencias internacionales. Con respecto a las influencias internacionales, el autor describe la influencia de las doctrinas de contra-insurgencia de los Estados Unidos y de Francia sobre el modo de terrorismo de Estado aplicado en la Argentina. Además, muestra que los militares argentinos durante la última dictadura (1976-1983) no solamente desarrollaron un conocimiento altamente “profesional” de una gran gama de medidas de represión aplicadas durante la “guerra sucia”, sino que “exportaron” su modelo represivo a otros países de la región, por ejemplo a Bolivia y a América Central. El Salvador, Guatemala y Honduras recibieron entrenamiento contra-insurgente y asistencia militar de la Argentina, y los militares argentinos jugaron un papel importante en la construcción de una fuerza anti-sandinista en Nicaragua.

Si bien no todos los trabajos reunidos en el libro de Menjívar y Rodríguez gozan de la misma calidad analítica que los dos estudios mencionados, el volumen colectivo es sin duda una obra de referencia recomendable para todos los que se interesan por las causas del terrorismo de Estado en América Latina y sobre todo por el papel que los EE.UU. jugaron en la construcción y el funcionamiento de las políticas represivas en la región.

En su extensa obra *Masters of War. Latin America and U.S. Aggression. From The Cuban Revolution Through The Clinton Years* (2003), la colombiana Clara Nieto presenta una crítica a la política exterior de los Estados Unidos hacia América Latina desde la década del cincuenta hasta los años noventa del siglo pasado. La autora sirvió en distintas misiones diplomáticas de su país. Fue embajadora colombiana en Cuba entre 1977 y 1980 y directora de la oficina regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe en La Habana entre 1984 y 1986. El libro fue originalmente publicado en Colombia en 1999 bajo el título *Los amos de la guerra y las guerras de los amos*. Nieto cuenta la historia de medio siglo de luchas políticas y sociales en América Latina y se dedica sobre todo al papel que los EE.UU. jugaron en estos procesos. A lo largo del libro, la autora evidencia una crítica a la política exterior estadounidense, interpretada como una “política coherente de intervención” desde la Doctrina Monroe hasta las invasiones en Granada y Panamá. Nieto no oculta su admiración por la Revolución Cubana de 1959 y sin duda los procesos políticos y sociales en la isla caribeña son los que más atención reciben en la obra. Las últimas frases de uno de los capítulos sobre Cuba aclaran su posición: “A pesar de las dificultades causadas por el bloqueo y por la agresión estadounidense, el pueblo de Cuba no perdió su alegría, su creatividad o su enorme dignidad. Cuba continúa siendo un ejemplo para muchos y Fidel sigue siendo una de las grandes figuras del siglo veinte” (p. 530).

Nieto también revisa las luchas insurgentes y las dictaduras en América Central, Argentina, Brasil, Chile y Colombia, entre otras. Sin duda, la autora dispone de un impresionante conocimiento de las realidades políticas y sociales en América Latina. Su libro es muy valioso porque muestra una perspectiva genuinamente latinoamericana de los acontecimientos en la región que puede explicar por qué gran parte de las sociedades

latinoamericanas y hasta algunos líderes políticos tienen una imagen tan negativa de los Estados Unidos. Lo que le falta al libro es una perspectiva más analítica. A lo largo de más de 600 páginas, Nieto cuenta historias, presenta hechos y asume posiciones. Eso puede ser interesante como testimonio personal, pero el lector tiene que saber que no le espera un análisis objetivo basado en un sólido fundamento teórico y metodológico, sino una obra básicamente descriptiva entremezclada con gran cantidad de juicios apreciativos por parte de la autora.

Otro libro que mezcla el análisis científico con el testimonio personal es el de Mauricio Solaún sobre la revolución sandinista en Nicaragua. En *U.S. Intervention and Regime Change in Nicaragua*, el autor, embajador del gobierno de Jimmy Carter en Nicaragua entre julio de 1977 y febrero de 1979, cuenta sus experiencias personales y trata de explicar por qué, contrariamente a lo que quería el gobierno de los Estados Unidos, ocurrió una amplia revolución popular en este país. El gobierno de Carter había decidido implementar una política a favor de los derechos humanos en la región y la dictadura de Anastasio Somoza Debayle era uno de sus objetivos principales. Según Solaún, la política de derechos humanos de los Estados Unidos era confusa y ambigua. La administración de Carter trató de forzar el respeto de los derechos humanos e impulsar una transición hacia la democracia, pero a pesar de haber determinado durante mucho tiempo las dinámicas de la política nicaragüense, se negó a intervenir abiertamente contra la dictadura. Su política fracasó porque Somoza se negó a cooperar con los Estados Unidos o de hacer genuinas concesiones frente a la oposición interna.

En primer lugar, Solaún describe cómo la dinastía de los Somoza llegó al poder y cómo logró mantenerse ahí durante muchas décadas con la ayuda de los Estados Unidos. El autor argumenta que el régimen de Somoza era un Estado-cliente (*client-state*) porque su legitimación y autoridad interna dependía enormemente de la cooperación con los gobiernos norteamericanos. Para describir los últimos años de la dictadura y analizar su caída, Solaún se basa sobre todo en sus notas personales tomadas como embajador. De ahí resulta la mayor fuerza del libro, porque nos provee de una descripción enormemente rica y detallada de los acontecimientos que llevaron a la caída de Somoza y de las relaciones entre los EE.UU. y la dictadura desde la perspectiva de uno de los actores involucrados. Las descripciones de sus encuentros personales con Somoza y con representantes de la oposición proporcionan una impresión viva de la situación de entonces. La periodización de la política estadounidense hacia Nicaragua durante los últimos tiempos de la dictadura —neutralidad, mediación, retiro parcial y fracaso de la política de los EE.UU.— es interesante y puede servir como base de futuros análisis. El lector del libro se da cuenta de la heterogeneidad y de las contradicciones inherentes de la política estadounidense. Solaún repetidamente cuenta de su frustración derivada del hecho de que como funcionario y representante de los EE.UU. públicamente tenía que implementar una política que personalmente no compartía.

Lo que menos convence del libro es su marco analítico. En el prólogo, Solaún menciona algunos enfoques que según él influyeron en su trabajo: el análisis de sistemas de Easton, las teorías de comportamiento común (*collective behavior*) y el enfoque de Estados-clientes. Pero en el curso ulterior de su descripción, estos enfoques casi no juegan ningún papel. Para explicar por qué cayó la dictadura y por qué no fue posible forzar la transición pacífica hacia un régimen democrático, el libro se mueve básicamente en el nivel de las acciones personales de los actores involucrados. En eso además tiene un

“punto ciego” porque la perspectiva de los rebeldes sandinistas casi no es tomada en cuenta. A pesar de querer empujar cambios políticos en Nicaragua, el gobierno de Carter había decidido impedir cualquier contacto de sus funcionarios oficiales con los miembros de la oposición armada. Ésa fue una de las razones que causaron el fracaso de su política y al mismo tiempo explica por qué el libro de Solaún, a pesar de brindarnos una descripción interesante de los acontecimientos en la Nicaragua pre-revolucionaria desde la perspectiva personal de un ex funcionario de los EE.UU., no provee un análisis completo y objetivo de los procesos que causaron el cambio de régimen. Además, el análisis de Solaún hubiera podido ganar si el autor hubiera incluido al menos una pequeña dosis de autocrítica. En vez de eso, su presunción personal lo lleva a criticar a casi todos los demás actores involucrados, sobre todo los funcionarios de la Administración estadounidense y los miembros de la oposición sandinista, sin admitir cualquier tipo de responsabilidad personal por lo que pasó. El lector interesado se pregunta, por ejemplo, por qué Solaún, criticando al gobierno de Carter por haber desestabilizado una “dictadura amistosa”, como embajador en Nicaragua no puso más énfasis para convencer a su gobierno de la necesidad de contactos directos con los rebeldes sandinistas o –dada la estricta negativa de Somoza de hacer verdaderas concesiones frente a la oposición– de intervenir con fuerza militar para destronar una de las dictaduras más antiguas de América Latina.

Confronting the American Dream. Nicaragua Under U.S. Imperial Rule (2005) de Michel Gobat, profesor asociado de Historia en la Universidad de Iowa, es una contribución muy importante para entender mejor la historia de Nicaragua, la política de los Estados Unidos frente a este país centroamericano y los efectos que esta política tuvo con respecto a las actitudes, el pensamiento y los comportamientos de las élites nicaragüenses. El libro analiza la historia de las intervenciones norteamericanas en Nicaragua desde los tiempos del “destino manifiesto” a mediados del siglo XIX hasta las ocupaciones militares directas por parte de tropas estadounidenses entre 1912 y 1933. Gobat describe, por un lado, cómo los EE.UU. trataron de formar a Nicaragua según sus ideas y sus intereses. Por el otro, estudia cómo los propios nicaragüenses experimentaron y confrontaron las intervenciones norteamericanas. Básicamente, el libro trata de responder a dos preguntas: ¿Por qué gran parte de las élites nicaragüenses utilizaron las matrices políticas, económicas y culturales implantadas por los EE.UU. para defender su propia nacionalidad contra los yanquis? ¿Por qué la ocupación militar entre 1912 y 1933 llevó a las más acomodadas y americanizadas élites de Nicaragua a oponerse a los ideales norteamericanos de modernidad que durante tanto tiempo habían apreciado? Gobat muestra que la americanización de las élites nicaragüenses fue solamente parcial: mientras veían a los EE.UU. como un paradigma de progreso económico y fuerza nacional, no les interesaba demasiado el modelo de libertad política. Un aspecto sumamente interesante del libro es su énfasis en mostrar las dialécticas entre americanización y anti-americanismo. Gobat insiste en que anti-americanismo no siempre tiene que dirigirse contra los Estados Unidos. También puede tratarse de un ataque contra compatriotas que sostienen valores o enfoques estadounidenses.

El libro compara distintas formas de adaptación y de resistencia contra las intervenciones norteamericanas por parte de las élites nicaragüenses. Para explicar la naturaleza de la dominación imperial, toma en cuenta simultáneamente factores culturales, políticos y económicos. Además, para entender mejor las comunicaciones transversales entre ellos, los integra en un enfoque común. Eso significa que Gobat considera la dimensión

cultural de las prácticas económicas y a la vez la materialidad de las prácticas culturales. Para hacerlo, su estudio se basa en un amplio cuerpo de materiales hasta ahora poco conocidos. Junto a fuentes encontradas en archivos norteamericanos, el autor estudió la correspondencia del presidente nicaragüense Adolfo Díaz (1911-1916 y 1926-1928), periódicos locales y nacionales de Nicaragua y gran cantidad de documentos encontrados en el archivo del municipio de Granada, por ejemplo actas judiciales y escolares, reportes demográficos, correspondencias políticas y cartas privadas. Con todo eso, el libro brinda una nueva perspectiva sobre el imperialismo estadounidense frente a Nicaragua: la de los nicaragüenses.

En el epílogo del libro, Gobat extiende el enfoque temporal de su análisis para repensar dos legados de las intervenciones norteamericanas en Nicaragua: la dictadura de los Somoza (1936-1979) y el intermitente apoyo de las élites nicaragüenses a la revolución sandinista en 1979. El libro concluye con una fuerte crítica a la política estadounidense hacia América Latina y la política imperial en general: “More important, U.S. imperial rule in the Caribbean Basin did not just fail to make things better; it made things worse” (p. 279). “However much contemporary promoters of a U.S. ‘empire of liberty’ showcase the U.S. occupations of Japan and Germany as models of U.S. liberal imperial rule, its more typical examples were the string of protectorates that the United States established in the Caribbean Basin during the early twentieth century. And the tragic fate of these protectorates not only underscores the grave challenges that an imperial power faces in reshaping weaker nations, it also exposes the devastating, illiberal effects of liberal imperialism” (p. 280). Estas conclusiones no solamente son válidas con respecto a la política norteamericana hacia Centroamérica y el Caribe, sino que nos hacen pensar también en los dudosos efectos de la actual política de Estados Unidos hacia América Latina y el Medio Oriente.

Americanización y anti-americanismo también son los temas centrales del impresionante libro *Begegnungen mit dem Yankee. Nordamerikanisierung und soziokultureller Wandel in Chile (1898-1990)* (2004), de Stefan Rinke, historiador de la Universidad Libre de Berlín. El punto de partida de este volumen de más de 600 páginas es una crítica del modelo tradicional de norteamericanización como difusión unilateral del poder económico y político de los Estados Unidos y del *American way of life*. Interpretando a los EE.UU. como el donante modernizador o imperialista de norteamericanización y a la contraparte como un receptor tradicional o dependiente, este modelo piensa en simples dicotomías que no resisten una revisión profunda, tanto menos cuando se trata de fenómenos culturales. Para entender tales procesos, hay que tomar en cuenta los respectivos códigos locales de recepción, porque las influencias externas son recibidas y apropiadas según estos códigos locales. El resultado de los “encuentros” no son simples adaptaciones, sino nuevos símbolos culturales –heterogéneos, híbridos, involuntarios, y con frecuencia contradictorios–.

Rinke define como norteamericanización los encuentros de los chilenos con los Estados Unidos reales e imaginados, con lo manifiesto y lo simbólico. Tales encuentros tienen lugar en distintos contextos históricos, casi siempre caracterizados por constelaciones de poder desigual. El autor se interesa sobre todo por la interrelación entre estos encuentros y las construcciones de diferencia cultural. ¿Quiénes interpretan, reconstruyen y utilizan aquellos fenómenos materiales, saberes y símbolos culturales que pasan por norteamericanos? ¿Cómo lo hacen? ¿Cómo cambian las imágenes y las percepciones

chilenas de los Estados Unidos y qué actores participaron de estos proyectos? Rinke habla de actos de apropiación que pueden darse en contextos muy distintos, desde la afirmación más eufórica hasta la condena más feroz.

El autor organiza su estudio en torno a dos momentos. Primero la fase naciente de la norteamericanización, entre 1900 y 1930 (según Rinke la fase transnacional), después los años 1970 a 1990 (según Rinke la fase de la nueva globalización). Para desarrollar su análisis de historia cultural y de símbolos, el autor utiliza gran cantidad de fuentes, desde diarios, revistas, textos literarios, análisis sociológicos y culturales hasta anuncios de publicidad, películas, caricaturas y dibujos animados. Rinke muestra que una de las características principales de la norteamericanización en Chile siempre ha sido la tensión entre lo propio y lo ajeno, entre la fascinación y el rechazo. Para ninguno de los dos períodos estudiados puede hablarse de una imagen homogénea de los Estados Unidos en la sociedad chilena. El entusiasmo por los EE.UU. y los sentimientos de amenaza cambiaron según el contexto histórico. A comienzos del siglo XX, los Estados Unidos, para muchos chilenos de clase media y alta, parecían ser un modelo para el desarrollo hacia una sociedad moderna. En estos años, inversores norteamericanos ganaron el control sobre sectores importantes de la economía chilena, p. ej. el sector minero. Mientras que para una parte de la sociedad chilena el sistema político de los Estados Unidos, su fuerza económica, la arquitectura moderna de Nueva York, la música de jazz o el cine de Hollywood se transformaron en modelos a imitar, otros consideraban estos fenómenos como degenerados, decadentes o amenazantes. Pero cuando la economía chilena entró en crisis a comienzos de la década del treinta, a los EE.UU. ya no se los veía como un modelo de modernidad sino más bien como un contra-modelo, cuya trayectoria no debería seguirse para asegurar el futuro del país.

Si bien entre el primer y el segundo período estudiados por Rinke los contactos entre Chile y los Estados Unidos se intensificaron enormemente —a causa del desarrollo de los nuevos medios de comunicación masiva, el aumento de viajes y de los procesos migratorios—, una constante durante el segundo período fue la continuación de estereotipos formados durante el primer período. Para los chilenos, los EE.UU. continuaban siendo el país de los superlativos, en lo positivo, pero también en lo negativo. El mundo del consumo, la televisión y el cine fueron los medios más importantes de la norteamericanización durante la segunda fase. Rinke estudia extensamente las discusiones y los discursos chilenos sobre nacionalismo y anti-imperialismo y muestra que no sólo la izquierda definía su nacionalismo como “anti-norteamericano”, sino también la derecha. Tanto la Unidad Popular como el régimen de Pinochet pretendían ser proyectos nacionalistas, y ambos operaban con una interpretación esencialista de la nación y una visión monolítica de la cultura, a pesar del abismo ideológico que separaba ambas posiciones. Cuando Pinochet se veía criticado por los Estados Unidos, podía protestar contra el “intervencionismo norteamericano”.

El libro de Stefan Rinke es mucho más que una historia de los encuentros y desencuentros culturales entre Chile y los Estados Unidos durante el siglo XX. Rinke también describe las relaciones políticas y económicas entre ambos países y en algunas partes el trabajo casi se confunde con una historia general de Chile. De vez en cuando el lector corre el riesgo de perder la orientación entre la gran variedad de fuentes y de detalles. Pero una excelente introducción y un extenso capítulo final ayudan a ordenar y recapitular lo analizado. Se trata de una obra altamente recomendable para todos los que se inte-

resan por la transformación socio-cultural de Chile durante el siglo xx y el papel que los EE.UU. jugaron en ese proceso. Es de esperar que el libro se traduzca al español o al inglés, para que un público más amplio pueda leerlo. Valdría la pena.

Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina (2006) del argentino Ricardo D. Salvatore, profesor de Historia Moderna en la Universidad Torcuato Di Tella, también se dedica a la importancia de los factores culturales para las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Salvatore analiza lo que él llama “la vasta red de influencias e intervenciones del Imperio Informal Norteamericano en América del Sur” (pp. 9 s.). El autor nos presenta su visión de la interacción entre imperio, conocimiento y representaciones en las relaciones entre los Estados Unidos y América del Sur. Su análisis se circunscribe básicamente al período entre 1890 y 1945. Una de sus tesis centrales dice que para comprender el “dominio norteamericano sobre la región”, habría que considerar no solamente la importancia de los factores políticos y económicos, sino también “muchas otras intervenciones que fueron parte integrante del proyecto del Imperio Informal. Entre ellas: los intentos de colonización espiritual encabezados por las sociedades misioneras, los relatos de viajeros y exploradores científicos, las actividades de instituciones filantrópicas y educativas, las visitas y los artículos de periodistas, la organización de ferias y museos, la circulación de libros, panfletos e imágenes, etc.” (p. 12). Salvatore no quiere proponer un modelo explicativo, sino “cartografiar el terreno a grandes rasgos” (p. 15); considera su libro más bien como un largo ensayo o como un estudio exploratorio.

Según Salvatore, todos los actores que de una u otra manera se dedicaban a América del Sur —educadores, reformadores sociales, científicos, expertos, fotógrafos, directores de museos, artistas, empresarios, organizadores sindicales, periodistas, viajeros-escritores, oficiales de la marina y el ejército, etc.—, compartían algunos supuestos subyacentes sobre “las posibilidades y limitaciones de la región y el papel de los Estados Unidos” (p. 21). El autor examina, por ejemplo, la importancia que tuvieron las grandes exhibiciones sobre América del Sur, las bibliotecas y las colecciones de fotografías en la construcción de “la visibilidad comprensiva que necesitó el Imperio Informal”.

Si bien el enfoque general del libro es muy interesante y bastante novedoso, Salvatore generaliza demasiado. El libro muestra sus fuerzas cuando el autor analiza los contenidos concretos de las representaciones e imágenes creadas en EE.UU. de América del Sur, por ejemplo en el capítulo “Sud-América en el discurso imperial”. Pero la afirmación generalizada de que cualquier forma de dedicarse a conocer o estudiar una región como América del Sur equivale a actitudes imperialistas, parece insostenible. Constataciones como “La acumulación de textos fue una de las facetas más notables de la expansión norteamericana en su momento de articulación neo-colonial” (p. 61) o “Los lectores de revistas se hicieron así participantes pasivos del proyecto expansionista” (p. 70) son tan exageradas que reducen el valor general del libro.

Los dos libros *The United States and Brazil. A Long Road of Unmet Expectations* (2005) de Mónica Hirst (directora ejecutiva de la Fundación Centro de Estudios Brasileiros en Buenos Aires y profesora en la Universidad Torcuato di Tella) y *The United States and the Caribbean. Transforming Hegemony and Sovereignty* (2005) de Anthony Maingot (profesor emérito de Sociología en la Florida International University) y Wilfredo Loyano (antiguo secretario general de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) forman parte de una serie de diez libros sobre *Contemporary Inter-American Relations*,

editada por Jorge I. Domínguez de la Universidad de Harvard y Rafael Fernández de Castro del Instituto Tecnológico Autónomo de México. Otros estudios de caso incluidos en la serie se refieren a las relaciones de EE.UU. con México, Chile, Venezuela, Argentina y Perú. Se trata de libros más bien breves que no tienen más de aproximadamente 150 páginas cada uno y que parten de una premisa común. Según los editores de la serie, la historia reciente de América Latina y el Caribe fue marcada por cuatro cambios fundamentales: la transición de regímenes autoritarios a gobiernos constitucionales, la depresión económica de la década de los ochenta en América Latina y la subsiguiente vuelta hacia economías de mercado más abiertas, el fin de la Guerra Fría en Europa, y la transformación de las relaciones con los Estados Unidos. Se supone que las primeras tres transformaciones pueden proveer elementos explicativos para entender el cambio de las relaciones entre los Estados Unidos y sus vecinos latinoamericanos y la alteración de las políticas exteriores latinoamericanas.

El libro de Hirst, que además cuenta con un ensayo de Andrew Hurrell sobre las relaciones entre Brasil y los Estados Unidos desde una perspectiva comparativa, brinda al lector una sólida introducción a las relaciones entre ambos países. En los cuatro capítulos escritos por Hirst, se presenta primero un bosquejo histórico de las relaciones bilaterales. Siguen capítulos sobre las relaciones económicas, las relaciones políticas y un breve balance. Tal vez un mejor título para el libro hubiera sido “Las relaciones entre Brasil y los Estados Unidos”, porque la autora se interesa mucho más por el lado brasileño, sus motivos, intereses, contradicciones y desafíos, que por la política de los EE.UU. hacia su vecino sudamericano. Hirst insiste en que las relaciones entre Brasil y Estados Unidos, a pesar de haberse caracterizado durante gran parte del siglo xx por repetidos desencuentros y frustraciones recíprocas, jugaron un papel crucial para la política exterior de Brasil y también para la agenda hemisférica de los Estados Unidos. Según Hirst, desde el inicio de la Primera República (1889-1930) en Brasil, las relaciones con Estados Unidos se desarrollaron en cuatro fases: alianza (1889-1942), adaptación (1942-1974), autonomía (1974-1990) y ajuste (a partir de 1990). La primera fase se caracterizó por lo que Bradford Burns ha llamado una “alianza no escrita” entre ambos países. Apoyo diplomático recíproco y relaciones económicas cada vez más fuertes fueron los elementos básicos de esta relación. Hirst constata que, a pesar de algunas divergencias diplomáticas, en esta fase ambos estados cumplían más o menos con las expectativas del otro. Durante el gobierno de Getúlio Vargas (1930-1945), la influencia alemana en Brasil aumentó considerablemente. Vargas trató de optimizar de manera pragmática las ventajas derivadas de las relaciones económicas con EE.UU. y Alemania. En los primeros años de la Segunda Guerra Mundial, Brasil conservó una posición equidistante frente a los aliados y los poderes del eje, pero esa neutralidad se mostró ilusoria. La segunda fase de las relaciones bilaterales (adaptación) comienza con la declaración de guerra de Brasil contra Alemania e Italia en 1942. Brasil fue el único país latinoamericano que mandó tropas a Europa. Después de la Guerra, Brasil apoyó los esfuerzos estadounidenses para establecer un sistema interamericano. La cooperación militar entre ambos países aumentó y Brasil se mostró como un aliado seguro de los EE.UU. durante la Guerra Fría. Durante los gobiernos de Jânio Quadros (1961) y Joao Goulart (1961-64), Brasil buscó una mayor independencia frente a los EE.UU., pero después del golpe militar de 1964 la política de adaptación a los Estados Unidos de nuevo ganó fuerza. La tercera fase de las relaciones comienza en 1974 y se caracteriza por un mayor nacionalismo económico

brasileño, una creciente frustración con respecto a los resultados de las relaciones económicas entre ambos países y más tensiones bilaterales. Con el retorno a la democracia en 1985, las relaciones otra vez comenzaron a mejorar. Según Hirst, una cuarta fase de las relaciones bilaterales comenzó en 1990, cuando el gobierno de Collor realizó una reforma profunda de las políticas económicas y de seguridad de Brasil.

Un aspecto importante mencionado por Hirst es el creciente papel de las organizaciones no gubernamentales en la política exterior de Brasil. La autora analiza los respectivos fenómenos en relación a los temas derechos humanos y medio ambiente. Andrew Hurrell, cuyo ensayo estudia la importancia de temas como interdependencia, instituciones, sociedad civil, democracia y globalización para las relaciones entre los Estados Unidos y Brasil, también se interesa por las organizaciones de la sociedad civil y analiza su papel con respecto a las movilizaciones políticas contra el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA). Hurrell muestra que la importancia de los grupos de la “sociedad civil transnacional” ha crecido considerablemente: en los procesos formales de creación de normas, fijación de estándares y desarrollo de normas; en los procesos sociales donde emergen nuevas normas y buscan su vía a la agenda internacional; en el funcionamiento concreto de muchas instituciones internacionales y en los procesos de implementación, y por último, como consecuencia de su participación directa en muchas actividades de *governance*. Según Hurrell, este nuevo rostro de la diplomacia representa un desafío enorme para Brasil y otros Estados latinoamericanos, porque la sociedad civil transnacional no está ubicada afuera de las estructuras regionales de poder. El poder de los Estados se determina progresivamente por su capacidad de trabajar exitosamente con las organizaciones de la sociedad civil y de explotar coaliciones transnacionales para sus propios objetivos.

Desgraciadamente el libro ya no pudo considerar ni los cambios de la política exterior brasileña bajo el gobierno del presidente Lula ni las consecuencias de dos desarrollos que en los últimos años comenzaron a cambiar de una manera profunda el mapa político y económico del hemisferio occidental y que también tienen consecuencias para las relaciones bilaterales entre Brasil y los EE.UU.: el fracaso del proyecto ALCA en 2005 y la cada vez más activa política exterior “bolivariana” del presidente venezolano Hugo Chávez en América Latina. Pero aun así se trata de una buena introducción a las relaciones entre Brasil y los Estados Unidos.

El libro de Maingot y Lozano sobre las relaciones entre los EE.UU. y el Caribe no nos brinda un análisis igualmente convincente como el de Hirst y Hurrell. En el primer capítulo los autores hacen un análisis histórico, describiendo los elementos más importantes de la relación especial entre los EE.UU. y el Caribe. Analizan cómo las dramáticas asimetrías de poder y la proximidad geográfica tradicionalmente hacían la región fácilmente accesible a los intereses estadounidenses. Después se centran en los cambios que han tenido lugar en el Caribe desde el final de la Guerra Fría y analizan cómo estos cambios influyeron en la política de los EE.UU. hacia la región. Otros temas tratados en el libro son las negociaciones regionales e internacionales sobre el libre comercio, la inmigración, el tráfico de drogas, el comercio de armas, los flujos turísticos y el papel de las diásporas caribeñas en la política estadounidense.

Los autores vienen de Trinidad y Tobago y de la República Dominicana, y eso se nota bastante en el curso del libro, porque hacen continuas referencias a sus países de origen. En cambio, otros países y aspectos importantes casi no se mencionan en el libro,

por ejemplo, la política estadounidense frente a Cuba. Si bien no es fácil analizar las relaciones entre una región tan heterogénea como el Caribe (16 Estados independientes y 12 territorios dependientes, varios idiomas, etnias y tradiciones políticas) y los Estados Unidos, el libro sufre de una falta de sistematización. En vez de estudiar sistemáticamente las bases y el cambio de las relaciones internacionales en la región, los autores dedican demasiado espacio a la descripción de desarrollos internos en Trinidad y Tobago, la República Dominicana, Haití y algunos otros países. La parte más ordenada del libro es el capítulo sobre la relación especial entre los Estados Unidos y el Caribe. Maingot y Lozano concluyen este capítulo, caracterizando las relaciones EE.UU.-Caribe después del fin de la Guerra Fría como un sistema hegemónico modificado: Los Estados Unidos prefieren cooperar en vez de utilizar la fuerza, pero su capacidad de ejercer coerción frente a los países y territorios del Caribe sigue intacta.

Bibliografía

- Gobat, Michel: *Confronting the American Dream. Nicaragua Under U.S. Imperial Rule*. Durham/London: Duke University Press 2005. 373 páginas.
- Hirst, Mónica: *The United States and Brazil. A Long Road of Unmet Expectations*. New York/London: Routledge 2005. 127 páginas.
- Maingot, Anthony P./Lozano, Wilfredo: *The United States and the Caribbean. Transforming Hegemony and Sovereignty*. New York/London: Routledge 2005. 175 páginas.
- Menjívar, Cecilia/Rodríguez, Néstor: *When States Kill. Latin America, the U.S., and Technologies of Terror*. Austin: University of Texas Press 2005. 374 páginas.
- Nieto, Clara: *Masters of War. Latin America and U.S. Aggression. From The Cuban Revolution Through The Clinton Years*. New York et al.: Seven Stories Press 2003. 622 páginas.
- Rinke, Stefan: *Begegnungen mit dem Yankee. Nordamerikanisierung und soziokultureller Wandel in Chile (1898-1990)*. Köln/Weimar/Wien: Böhlau 2004. 633 páginas.
- Salvatore, Ricardo D.: *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana 2006. 192 páginas.
- Solaún, Mauricio: *U.S. Intervention and Regime Change in Nicaragua*. Lincoln/London: University of Nebraska Press 2005. 391 páginas.